



**STAR
WARS**

THRAWN

TRAICIÓN

TIMOTHY ZAHN

Tercera novela de la nueva trilogía de Thrawn. Novela canónica escrita por el autor best seller de Star Wars, Timothy Zahn.

El Gran Almirante Thrawn se enfrenta a la prueba definitiva de su lealtad ante el Imperio en esta novela épica. Thrawn ha sido uno de los instrumentos más efectivos del Imperio, persiguiendo a sus enemigos hasta los límites de la galaxia conocida.

Pero, aunque se ha convertido en un arma afiladísima, el Emperador sueña con algo mucho más destructivo. Ahora, cuando su programa de los Defensores TIE se cancela para dar prioridad al proyecto secreto de la Estrella de la Muerte del director Krennic, el Almirante se da cuenta de que los equilibrios de poder en el Imperio se basan en algo más que en la perspicacia militar o la e-ciencia táctica. Ni siquiera los cerebros más brillantes pueden competir con el poder de destruir planetas enteros.

Mientras Thrawn se esfuerza por garantizarse un sitio en la jerarquía imperial, su antiguo protegido, Eli Vanto, regresa con una grave advertencia sobre el mundo natal de Thrawn. Su dominio de la estrategia deberá guiar a Thrawn en una elección imposible: su compromiso con la Ascendencia Chiss o la lealtad al Imperio que ha jurado servir. Incluso si la elección correcta supone traición.

Para todos aquellos que alguna vez han tenido
que plantearse lo que cuesta hacer lo correcto...

Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana...

PRÓLOGO

El Destructor Estelar imperial flotaba lánguidamente sobre aquel planeta azul y verde, con destellos de esos colores reflejándose levemente en su casco, entre las sombras creadas por el lejano sol del sistema. La nave de guerra llegó al final de su recorrido de patrulla y, aparentemente satisfecha al ver que no pasaba nada por la vecindad, viró hacia el espacio profundo. Siguió su distendido avance hasta que llegó al límite del pozo de gravedad del planeta y saltó al hiperespacio, entre un borrón de estelas de luz.

Sentada en el sillón de mando del puente de la nave de guerra *Imperturbable* de la Ascendencia Chiss y envuelta en una oscuridad solo rota por las estrellas del exterior y un puñado de pilotos indicadores aún activos, la almirante Ar'alani frunció el ceño. El intruso accidental por fin se marchaba. Ahora, lo esencial era saber si el paso forzoso de la *Imperturbable* al modo inactivo total le habría dado a la nave que perseguían hasta entonces el tiempo y la distancia suficientes para escapar.

—¿Comandante Tanik? —dijo, en voz baja.

—Un momento, almirante —respondió Tanik, débilmente. No era necesario ser tan discretos, su presa difícilmente podría oírlos, con mil kilómetros de vacío separándolos, pero Ar'alani ya había notado que el modo oscuro solía provocar un efecto silenciador en la tripulación de la nave—. Estamos buscando su último vector conocido.

—Suponiendo que no hayan aprovechado para modificarlo —gruñó el capitán Khresh desde su puesto, al lado de

Ar'alani—. Malditos imperiales. El peor momento posible, en el peor lugar posible...

—Paciencia, capitán —le advirtió Ar'alani, mirando el campo de estrellas por las ventanillas del puente. Se sentía tan frustrada como Khresh por la inesperada e inconsciente interferencia del Destructor Estelar en su misión, pero tampoco era motivo para renunciar a su dignidad y autocontrol.

Miró el tablero de sensores. Sobre todo en ese momento, con Tanik sentado allí, donde podía oírlos.

Por supuesto, el oficial de sensores sonreía ligeramente mientras trabajaba para localizar a la presa de la *Imperturbable*. Sin duda, ese breve arrebató de Khresh, por leve que hubiera sido, llegaría a oídos de la Ascendencia y allí la lanzarían al creciente fuego de la discordia entre sus dos familias.

Por desgracia, Khresh también vio la sonrisa de Tanik.

—¿Hay algo que le haga gracia, subcomandante? —preguntó.

—No, primer capitán, en absoluto —le aseguró Tanik, serenamente.

—¿Ha encontrado al objetivo? Si no, le sugiero que aparte toda distracción de su pensamiento y se concentre en la tarea que tiene entre manos.

—Sí, señor. —Tanik se enderezó en su asiento—. Oh, espere, señor —dijo, con exagerada jovialidad—. Rectifico. Almirante, los tenemos.

—En pantalla —ordenó Ar'alani.

—Allí —dijo Khresh, señalando el círculo brillante en la pantalla táctica que delataba las emisiones de sus propulsores—. Parece que mantienen el rumbo.

—Están saliendo de la invisibilidad, almirante —dijo Tanik—. Pero están demasiado lejos para realizar un análisis de configuración. —Negó con la cabeza—. Debo reconocerles que tienen una gran confianza en sí mismos.

—Su confianza bordea la arrogancia —coincidió Ar'alani. La nave que perseguían había activado automáticamente su campo de invisibilidad cuando el Destructor Estelar había aparecido en el sistema, ocultándose de aquel potencial enemigo. Pero, desde su posición actual, quedaba claro que, en lugar de desactivar sus propulsores y hacerse la muerta, como había hecho la *Imperturbable*, habían seguido su avance, confiando que la nave imperial no detectase ningún indicio revelador.

Que no había detectado, por supuesto.

—Parece estar preparándose para el salto —dijo Khresh—. Allá va.

—Líenos salido del modo oscuro —dijo Ar'alani—. ¿Tenemos su vector?

—Sí, almirante —dijo Tanik, mientras el puente y toda la *Imperturbable* cobraban vida—. Los mando al timón.

Ar'alani miró hacia el timón y la joven sentada en el puesto de navegante.

—Cuando esté lista, navegante Mi'yaric.

—Sí, almirante —dijo Mi'yaric. Respiró hondo, sujetó los controles del timón y bajó la cabeza. Mantuvo esa posición un segundo y exhaló lentamente.

Al cabo de un momento, la *Imperturbable* estaba en el hiperespacio.

—Esperemos que sean todos tan incompetentes como los de ese Destructor Estelar —murmuró Khresh.

—No lo serán —dijo Ar'alani, intentando disimular sus recelos. Seguir a una nave enemiga para descubrir su destino y propósitos era una cosa, seguirla hasta la frontera y entrar en un territorio extranjero era muy distinto—. Alerta a todos los oficiales de mando. Los espero en la sala de reuniones del puente dentro de diez minutos para analizar la situación.

—Sí, señora —dijo Khresh—. ¿Y...? —dejó la pregunta en el aire.

Ar'alani sabía perfectamente qué estaba sugiriendo. El problema era que una parte de los oficiales y la tripulación seguía sin aceptar al recién llegado, aquel extranjero. En una situación de crisis, incluso en una de índole política, la falta de confianza podía generar dudas que podían desembocar en un desastre.

Pero Ar'alani seguramente iba a necesitar información y análisis antes de que todo aquello terminase, y el extranjero era el mejor recurso para ambas cosas a bordo de la *Imperturbable*.

Y los buenos comandantes nunca desperdiciaban ni despreciaban los buenos recursos.

—Sí —le dijo a Khresh—. Avíselo también. Ordene al teniente Eli'van'to que se reúna con nosotros.

CAPÍTULO I

En un Destructor Estelar como el *Quimera* entraban y salían comunicaciones en muchas direcciones y con muchos estatus y niveles de seguridad distintos. Cada mensaje incluía un código numérico que especificaba su grado de importancia y marcaba la forma y persona que debía ocuparse de él.

La comodoro Karyn Faro conocía todos los códigos. Pero, de alguna manera, en un rincón juvenil de su mente que los años de protocolo militar no habían logrado erradicar, aquellos códigos también terminaban convertidos, de alguna manera, en colores.

Los mensajes de identificación de naves cercanas o los informes de situación de bases a media distancia, asuntos rutinarios que manejaban los oficiales de bajo rango, llegaban en tonos verdes o azules. El pequeño porcentaje de órdenes e informes más relevantes provenientes de Coruscant, más conocido por la burocracia de la época como Centro Imperial, llegaban en tonos amarillos o naranjas. Aquellos iban dirigidos a oficiales de mayor rango del *Quimera*. El raro puñado de mensajes vitales o de alto secreto que enviaban los almirantes del Alto Mando, todos ellos recibidos personalmente por Faro, estaban en una gama de tonos más oscuros de rojo o morado.

Y los pocos, los escasos, que provenían de fuera de la cadena de mando oficial de la marina, los que iban dirigidos directamente al gran almirante Thrawn, eran de un negro profundo.

Y nunca traían buenas noticias.

—Su programa de los Defensores TIE corre peligro —dijo el gran moff Tarkin.

Junto a la puerta del despacho de Thrawn, con la imagen del holoprojector del escritorio de espaldas a ella, Faro no podía ver la expresión de Tarkin, pero podía ver la de Thrawn, y la leve tensión de sus músculos faciales hizo que un escalofrío le recorriera la espalda.

—Orson Krennic ha sido muy convincente —continuó Tarkin—. Quiere derivar esos fondos hacia su proyecto Estrella.

—El Emperador me aseguró que apoyaba mi proyecto —contestó Thrawn. Faro notó que su expresión volvía a ser controlada y su voz tan serena como siempre.

Pero contenía una crispación que Faro no había notado antes. El Emperador y Thrawn mantenían una relación especial desde el momento en que el chiss había llegado a Coruscant por primera vez. Corrían rumores de que, particularmente en aquella época, los dos se habían pasado muchas horas en el centro de planificación estratégica del palacio, encerrados con un puñado de los más altos almirantes y moffs de más confianza, debatiendo sobre asuntos desconocidos. Si Krennic estaba menospreciando a uno de los servidores preferidos del Emperador, se estaba adentrando en un terreno peligroso.

Además, con esa ridícula maniobra política, Krennic ponía en peligro la supervivencia del Imperio. La factoría de Defensores TIE que Thrawn había instalado en Lothal, un mundo del Borde Exterior, estaba diseñada para producir los mejores cazas estelares que la galaxia hubiera conocido: rápidos, maniobrables, muy armados y equipados con escudos e hipermotores, una diferencia radical con el resto de la serie TIE. Podían rivalizar con cualquier nave que pudieran conseguir las bandas piratas o sistemas reacios mejor equipados, y podían aplastar aquel movimiento rebelde que seguía creciendo lentamente.

Sin los Defensores, Coruscant afrontaría una larga batalla en esos tres frentes. Con los Defensores, el Imperio sería invencible.

—En mi opinión, hace muchos años que el proyecto del director Krennic no es más que gasto y excusas —dijo Tarkin—. Si quiere que la fabricación de Defensores continúe, tendrá que plantearse directamente al Emperador. Ya he programado una reunión.

—Partiré inmediatamente, gobernador Tarkin —dijo Thrawn.

El holoprojector se apagó y Thrawn apretó el botón del comunicador.

—Comandante, informe a la gobernadora Pryce que me marchó a Coruscant —ordenó—. En cuanto tenga el rumbo fijado, proceda a saltar al hiperespacio.

Respuesta afirmativa desde el puente. Thrawn miró al escritorio un instante, como planteándose sus opciones. Después, levantó la vista hacia Faro.

—Comodoro —dijo, serio—, ¿tiene el informe de comunicaciones que solicité?

—Sí, señor —dijo Faro, acercándose y tendiéndole su datapad—. Me temo que no hemos podido descubrir ningún patrón repetido.

Thrawn recogió el datapad y estudió los números en silencio. Faro le miraba, preguntándose si, igual que ella, pensaba que el comandante Eli Vanto habría podido sacar algo de aquel aparente caos de horas, fechas y frecuencias de comunicaciones que había recopilado. Vanto tenía un don particular para aquello.

Pero Vanto se había marchado, había desaparecido del *Quimera* sin dejar rastro. Y, mientras corrían rumores que lo situaban en todas partes, desde el Espacio Salvaje hasta un grupo secreto de planificación en el palacio del Emperador o muerto y a la deriva en el espacio profundo, lo único confirmado era que nadie sabía qué había sido de él.

Faro le había preguntado a Thrawn. La respuesta del gran almirante había sido educada, pero Faro había salido de aquella conversación con la clara sensación de que no debía volver a preguntar por aquello nunca más.

En su fuero interno, teniendo en cuenta el afecto que Thrawn había sentido por aquel muchacho y la relación maestro-aprendiz que habían mantenido mientras Thrawn impulsaba la carrera de Vanto, Faro estaba segura de que el joven estaba muerto. No veía ningún otro motivo por el que pudiera explicar su desaparición del *Quimera*.

—Puede que los rebeldes estén siendo particularmente cautos —dijo Thrawn, devolviéndole el datapad—. O que el grupo que planea rescatar a Hera Syndulla sea lo bastante pequeño para no necesitar comunicaciones remotas.

Faro notó que torcía los labios. Sí, el grupo que seguro planeaba rescatar a Syndulla del bloque de detención de la gobernadora Pryce tenía que ser reducido. Pero no debían menospreciarlo, ni mucho menos, aunque solo fuera porque incluía al antiguo Jedi Kanan Jarrus y al joven aprendiz Jedi Ezra Bridger.

De alguna manera, Faro habría preferido que Syndulla muriera junto al resto de su escuadrón de Ala-X durante su fallido intento de expulsar al *Quimera* y el resto de la fuerza de Thrawn del espacio de Lothal. Los prisioneros podían resultar útiles en varios sentidos, pero también daban quebraderos de cabeza y eran potenciales objetivos de operaciones enemigas.

Faro no dudaba que Thrawn podría sacar el mejor rendimiento de aquella situación. Pero la prisionera estaba en manos de Pryce y esta no poseía ni la inteligencia, ni la sutileza, ni el enorme talento estratégico de Thrawn.

Peor aún, Pryce se había involucrado emocionalmente en la situación. La gobernadora se tomaba los golpes rebeldes en su planeta como algo personal, lo que la llevaba a pensar más con el corazón que con la cabeza. Sacar de

Lothal a Thrawn, su asesoramiento e influencia, aunque fuera por solo unos días, podría resultar desastroso.

Como mínimo, Syndulla podía morir sin que el Imperio sacase nada tangible de ella. Eso sería malgastar un recurso valioso, aunque Pryce tampoco parecía darle la menor importancia.

—¿Parece que desapruueba el viaje del *Quimera* a Coruscant?

—Sí, señor, así es —dijo Faro. Hacía tiempo que Thrawn había aprendido a interpretar su cara y lenguaje corporal. Y también hacía mucho que ella había aceptado aquella habilidad sin que la pusiera nerviosa—. No creo que la gobernadora Pryce sea consciente del peligro que representa Syndulla. Si Jarrus y su equipo vienen a rescatarla, no creo que Pryce pueda impedirselo.

—Coincido con usted —dijo Thrawn—. Por otra parte, perder a Syndulla sería un mal relativamente menor. Perder el programa de los Defensores TIE sería una catástrofe. Si el proyecto del director Krennic es el que pienso, representa un enfoque estratégicamente muy corto de miras, tanto para la defensa como para el ataque. Si realmente ha convencido al Emperador para que desvíe los fondos de los Defensores hacia su proyecto, el futuro del Imperio correrá peligro.

—Sí, señor —dijo Faro. Sabía que lord Vader también se había mostrado interesado por los Defensores, sobre todo después de pilotar uno contra las fuerzas grysk en las Regiones Desconocidas. Su apoyo debería decantar la balanza a favor de Thrawn.

Pero Vader era un simple portavoz del Emperador. Si el Emperador le daba la espalda a los Defensores, Vader también lo haría.

El comunicador emitió un pitido.

—Almirante, le habla el puente —llegó la voz de la comandante Hammerly por el altavoz—. Acabamos de recibir unas nuevas coordenadas de parte del gobernador Tarkin.

Al parecer, debemos reunirnos con él a bordo del *Dragón de fuego*, actualmente en el sistema Sev Tok.

Thrawn frunció levemente el ceño.

—Interesante. ¿Indica si el Emperador asistirá?

—No, señor, no lo menciona —dijo Hammerly—. El mensaje dice que asistirán el director Krennic y un grupo reducido de gente. He revisado su fuente y no hay duda de que el mensaje y las coordenadas las ha mandado Tarkin.

—Bien, comandante —dijo Thrawn—. Fije el rumbo correspondiente y salte al hiperespacio en cuanto esté lista.

—Sí, señor.

Thrawn cortó la comunicación.

—¿Qué le parece, comodoro?

—Parece demasiado sigiloso —dijo Faro, buscando el *Dragón de Fuego* en su datapad. Un Destructor Estelar imperial y nave insignia del gran almirante Balanhai Savit y su Tercera Flota—. Si Tarkin se quiere reunir con usted a bordo de un Destructor Estelar, ¿por qué no a bordo del *Quimera*?

—Seguro que tiene sus motivos —dijo Thrawn—. Siempre suele tenerlos.

Llegó una señal de aviso de las pantallas; el *Quimera* ya estaba en marcha.

—Sí, señor —dijo Faro—. Con su permiso, almirante, me gustaría volver al puente y volver a repararlo todo.

—Claro, comodoro —dijo Thrawn—. Creo que uno de sus temores, al menos, se ha esfumado.

Faro frunció el ceño.

—¿Disculpe, señor?

La mirada de Thrawn pareció endurecerse.

—Al final parece que no viajaremos a Coruscant.

* * *

—¿Almirante? —dijo el capitán Boulag desde la pasarela de mando del Destructor Estelar *Dragón de fuego*—. La

lanzadera del director Krennic acaba de amarrar en el muelle.

—Entendido —respondió el gran almirante Savit desde el puente trasero, frunciendo el ceño. Cambios de planes en el último minuto, personas de alto rango subiendo a su nave, política y política y más política... era como si la República hubiera resucitado dentro del Imperio, trayendo con ella los mismos quebraderos de cabeza y frustración.

—Parece compungido, almirante —dijo el hombre delgado de pelo canoso que estaba de pie junto al puesto de comunicaciones.

Savit se lo quedó mirando. Desde hacía mucho creía que, de todos los actores políticos del Imperio, el gran moff Tarkin era uno de los peores.

—Dudo que mi estado de ánimo tuviera demasiada relevancia para el Emperador cuando decidió trasladar el punto de encuentro de Coruscant al *Dragón de fuego* —dijo.

Tarkin arqueó levemente las cejas.

—¿Debería haberlo tenido?

Savit torció los labios. Era lo peor de la política, pero Tarkin, al menos, tenía sentido del humor.

—Por supuesto que no —reconoció—. El *Dragón de fuego* y yo mismo estamos para servir al Emperador y el Imperio a su mando.

—Como todos —dijo Tarkin—. Seguro que entiende que el Emperador no desee perder tiempo haciendo viajar a todo el mundo hasta Coruscant. La actual ubicación del *Dragón de fuego* fue esencial para su decisión.

Tarkin esbozó una leve sonrisa y después dejó vagar la vista por el puente.

—Dígame, almirante, ¿qué opina del proyecto Estrella?

—Interesante pregunta —dijo Savit, colocando su mente automáticamente en modo combate. El proyecto mimado del Emperador, orgullo y alegría de Krennic, el discreto objeto de deseo de Tarkin—. Es un enfoque único y audaz